

EL OLIVO

(DESPUÉS DEL DESASTRE COLONIAL)

¿Cómo pobres....? No debe llamarse pobre el hidalgo que conserva la casa de su solar y unas hanegadas de esta bendita tierra española. ¿Se nos llevaron los últimos restos de América y se nos llevan el Archipiélago Filipino, todo eso que ganaron nuestro genio y nuestro valor, y que nos han hecho perder la indolencia propia y la maldad ajena....? Refrán tenemos que nos consuele de esas desventuras: «¡Ancha es Castilla!»

Ancha es, no porque soñemos con empresas militares, imposibles cuando la victoria, como lujosa meretriz, sólo otorga sus favores a los ricos, sino porque con cultivar, como quien dice, los corrales de nuestras casas, nada tendremos que envidiar a los más afortunados. Seamos labradores y volveremos a ser poderosos. Cuidemos de nuestro caudal, y seremos felices. Nos lo promenten nuestro suelo y nuestro cielo, que no tienen rivales en el mundo.

Aquí el hierro, el cobre, el azogue y el plomo, en inagotables minas, a las cuales acuden como a panales de rubia miel las golosas moscas británicas; aquí los extensos campos poblados de lozanas vides, madres de los mejores y más codiciados vinos, que nos llevan los ruidosos mosquitos franceses, en parte para beberlos y en parte para devolvérselos disfrazados con marcas ultrapirenáicas; aquí las amplias dehesas, y las maderas ricas, y la exhuberancia de frutos variadísimos, y las fértiles tierras morenas que, a medio cultivar, producen cereales y semillas para medio mundo; aquí la caña de azúcar y el perseguido tabaco, criándose tan opulentamente como en el suelo de América... Pero ¿a qué proseguir enumerando? Con sólo uno de los vegetales de España, con el árbol andaluz por excelencia, podemos llamarnos dichosos; que él se

basta para hacer feliz a una nación. Aludo al que simboliza la paz: al olivo.

Vedle poblando una gran parte de los terrenos de la antigua Bética; él da el sobrenombre de *olivífero* al Guadalquivir,

«Rey de los otros ríos caudaloso;»

mirad el árbol de Minerva cuál retuerce su nervudo tronco y sus espesas ramas, como quien perezosamente recibe las suaves caricias del espléndido sol meridional. Verde y brillante como la esperanza es el haz de sus hojas; casi plateado el envés, como el de las hojas del cinamomo; su florecilla, blanca y suavemente olorosa; morado su fruto cuando llega a la completa sazón. Ese mismo fruto sería regalo propio para los dioses, no ya para los mortales; y del dorado líquido que de él se obtiene, ¿qué decir que no sea mezquino elogio? La Sulamita del *Cantar de los Cantares*, para encomiar al Esposo, requebrábale así: «*Oleum effusum nomem tuum*».

Y ¡qué pintoresca, qué divertida, que *folklórica* es la recolección de la aceituna en Andalucía! Yo, en cuatro plumadas, quiero probar a describirla, y ¡ojalá estos humildes renglones logren llamar la atención de nuestros gobernantes hacia la industria olivarera, tan recordada por los ministros de Hacienda como olvidada o desatendida por los de Fomento!

Dicen en las tierras frías que «el que coge la aceituna antes de enero, se deja el aceite en el madero» y en otras más templadas, que «por Santa Catalina, todo su aceite tiene la oliva». Quede eso para los terrenos tardíos; el clima andaluz, que hace lozanas mujeres núbiles a las muchachas de trece años, madura el fruto del olivo al comenzar el mes de noviembre. Ya por este tiempo contrasta con lo verde y lo blanquecino de las hojas lo morado del espeso fruto, que sólo se conserva *pintón* en los árboles muy cargados de él, o en contados vidueños, como el *verdial*.

Alla van camino de la hacienda, en donde habrá trabajo para dos o tres meses, las familias cogedoras: lo que llaman diez o quince *casas*, por las cuales ya ha hecho el ajuste a destajo el *tareero* o *manijero*. Soltados los hatos en la casilla y pasado el sueño de la primera noche, a la mañana siguiente, ¿qué digo a la mañana?, cuando Dios comienza a echar sus luces, ya todos los cogedores han almorzado las clásicas migas y van a abrir tajo adonde les aguardan los bancos, las canastas, los *reores* y las *pimpolleras* o apuraderas: todos los trebejos del coger, y aun los del medir, pues tampoco falta el marco o media fanega, que, porque no sirve al amo para cobrar, sino para pagar, suele tener, no seis, sino nueve y hasta once almudes.

Sale el sol, y vense las aceitunas..... y las caras; y tales suele haberlas, que al mismo sol le dicen: «Hazte para allá». A tomillo y romero huelen aquellas muchachas, frescas como unas rosas, criadas al aire libre en la aldea, no entre cristales como plantas exóticas. ¡Lástima que desfiguren sus esbeltos talles, dejándose subrogar por unos calzones de hombre, las enaguas, recogidas a la altura de las caderas! Con todo eso, los ovalados rostros morenos, rebozando gracia y salud, son más que buenos fiadores de cuantas bellezas oculta el acostumbrado disfraz.

Todo es vida y animación en el tajo: el uno, desde el suelo, golpea las ramas altas y más exteriores del olivo, que dejan caer su fruto en morada lluvia; otros, sobre el banco, arrancan las aceitunas de las ramas interiores, o echan abajo las de otras más distantes haciendo uso de las *pimpolleras*; las mujeres no dan paz a las manos, ya ordeñando las *sobaqueras*, ya recogiendo del suelo con rapidez pasmosa el fruto desparramado, faena en que, a ratos, ayudan los rapacejos de seis u ocho años, mientras que los niños de pecho duermen o lloran, revolcándose, a pocos pasos, sobre sendos trozos de mantas viejas.

Y ¡cómo, aun allí, hace de las suyas el Amor, hiriendo invisiblemente con sus agudas saetas los corazones de la gente moza! Y ¡cómo los celos, a lo mejor, visten de azul el rosado horizonte de las ilusiones, y amor y celos, no cabiendo en las almas, rebosan por los labios en forma de coplas, que llenan el aire de melodías!

Antes de la ida al campo, ya un galán, entre amante y celoso (bien que todo ello es una cosa misma), cantaba a la prenda de su corazón:

«Si te vas a la aceituna,
cara de quitapesares,
carita como la tuya
no la habrá en los olivares».

Y ya en la hacienda, puestas manos a la obra, por acá y por allá, en toda la *lucha* que llevan abierta los cogedores, suenan voces frescas y juveniles. Allí canta un robusto mocetón, en lo más alto de uno de los bancos:

«Tú eres aceitunera,
yo aceitunero:
por una aceitunera,
madre, me muero».

Y respóndele desde abajo una morenilla *más salá que las pesetas*:

«Yo cojo las bajasas,
tú las de arriba;
por entre rama y rama
miro y me miras».

En otro olivo de la misma hilada otra enamorada pareja repite el antiquísimo, pero nunca anticuado *ritornello* del amor. El canta:

«Los ojos de mi morena
ni son chicos ni son grandes:
son aceitunillas negros
de olivaritos gordales».

Y ella responde:

«Cogiendo la aceituna
se hacen las bodas;
quien no va a la aceituna,
no se enamora.
¡Qué tendrán, madre,
para cosas de amores
los olivares!»

En el tajo, al mediar el día, se toma un bocadillo. ¿De qué?... De lo que *cae*: una granada y un pedazo de pan prieto, con una buena gana de comer, que no hay salsa como ella, fueron siempre manjar para un sibarita. Prosigue la faena, las más veces entre vientos desapacibles y molestas lluvias; las menos, al amor del sol, que tanto se deja sentir en el estío, cuando hace mal, y tan poco se deja ver en el invierno, cuando hace bien. ¡Rico egoísta al cabo! Al fin, vánse amortiguando sus tibios resplandores entre los celajes del Poniente; arrecia el frío, ya no es la musa del amor la que inspira los cantos de los cogedores, sino la del hombre.

La del hambre, y la del cansancio. Así, ya son de género muy diferente los cantares que acá y allá se escuchan: mozos y mozas, mientras sus padres sonríen silenciosos, asaetea al manijera con coplas como las siguientes:

«Señor manijerito
dé usted de mano;
que una hora ni media
no es *ná pá* el amo».

«Ya se va poniendo el sol
por detrás de la Gomera;
conque señor tareero,
suelte usted la pimpollera».

«Ya se va poniendo el sol
por detrás de la casilla;
si no nos da usted de mano,
tiramos las canastillas».

Acábase la recolección y vuelve al pueblo toda la trulla de los cogedores, no sin despedirse de los olivares en que trabajaron la temporada:

«Adiós, olivarito
de la aceituna:
hasta el año que viene,
si echas alguna».

Bien dicho, porque el olivo es frutal de año y vez. Vuelven al pueblo, y, al descontar lo gastado de lo ganado, suele quedarles a los pobretes para darse una mala vuelta de ropa y para comprar algunas fanegas de trigo con que hacer frente a los rigores del resto del invierno. Y en la plaza, en la primera fiesta dominguera, no faltará moza que cante:

«Cogiendo la *asituna*,
gané un *bestio*;
me lo puse tres *beses*:
ya está *rompío*».

Son pobres de fortuna, pero, ricos de corazón, y es lo que ellos dicen: «Cañta la rana, y no tiene pelo ni la na».

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN